

## José Larrañaga: una especie de héroe existencialista barojiano

Aunque a Pío Baroja no se le considera un escritor existencialista, algunos críticos han señalado en su obra ciertas características de índole existencial<sup>1</sup>. La reacción del propio Baroja ante el existencialismo fue más bien negativa. Aunque mostró interés en este movimiento, aludió a él como «una pequeña secta» que no había aportado nada nuevo y que se podía utilizar como una justificación del egoísmo<sup>2</sup>. Sin embargo, en una ocasión sí mostró interés en esta «nueva filosofía» como él indica al recordar una tertulia a la que asistió en un café parisiense:

Yo he instado a este último [Benjamín Fondane<sup>3</sup>] a que dijera algo de esa filosofía existencial de la que ha hablado en sus libros.

El ha dicho que esa filosofía quiere dar el máximo de valor a los hombres y a los hechos de la vida, y ha desarrollado esta tesis.

Hemos seguido con curiosidad su argumentación, unas veces de acuerdo y otras en desacuerdo. Puede ser que la filosofía clásica haya contemplado los accidentes del vivir nuestro, oscuro y tumultuoso, como hechos sin importancia, y que éstos merezcan más atención y más estudio. Puede ser también que el idealismo antiguo tuviera un prurito de rebajar, de desdeñar lo vital, y un deseo de reducirlo todo a ideas y

<sup>1</sup> Ver CARMEN IGLESIAS, *El pensamiento de Pío Baroja* (México, Antigua Librería Robredo, 1963), p. 67; y EMILIO GONZALEZ LOPEZ, *El arte narrativo de Pío Baroja. Las trilogías* (Nueva York; Las Américas, 1971) p. 35.

<sup>2</sup> Ver «Palabras nuevas», V, 1117-1121. Esta y las demás citas a la obra de Baroja proceden de las *Obras Completas*, 8 tomos (Madrid, Biblioteca Nueva, 1946-51; tomo y página(s) indicados entre paréntesis a raíz de la cita. Las abreviaturas *GTM*, *VF*, y *AT* corresponden a *El gran torbellino del mundo*, *Las veleidades de la fortuna* y *Los amores tardíos*, respectivamente.

<sup>3</sup> BENJAMIN FONDANE (1898-1944), poeta-filósofo de origen rumano-judío, vivió en Francia de 1923 hasta su muerte en el campo de concentración de Auschwitz, en 1944. Según JOHN K. HYDE, *Benjamín Fondane. A Presentation of His Life and Works* (Ginebra, Librairie Droz, 1971), p. 131: «Fondane is associated particularly with that manifestation of the [existentialist] movement which has looked towards poetry and the mystic experience rather than towards prose and the social experience in the attempt to situate 'l'humaine condition' in the concrete, immediate and tragic experience of reality».

a conceptos y que la filosofía existencial, si existe, luce, por el contrario, por afirmar la importancia de la vida. («Palabras nuevas» V, 1121.)

Vemos por estos comentarios que Baroja captó algo fundamental del existencialismo al reconocer que la filosofía clásica, en su afán de formar conceptos, quizá no diera suficiente importancia a los problemas vitales y personales del vivir diario. En sus novelas, Baroja, igual que muchos escritores existencialistas, evita un racionalismo o intelectualismo de miras estrechas, y se concentra en el hombre y su vida emocional. Baroja se dio cuenta de la preeminencia existencial del hombre al observar, en el «Prólogo» a *César o nada*, lo siguiente: «Lo individual es la única realidad en la naturaleza y la vida... Sólo el individuo existe por sí y ante sí. Soy vivo; es lo único que puede afirmar el hombre» (II, 573). Según John Macquarrie, «Existentialists and empiricist make common cause againsts the speculative rationalism of earlier times. They distrust all attempts to construct philosophy *a priori*, and they are less interested in the attempt to build comprehensive systems than in seeking such limited knowledge as can be secured based on accessible data»<sup>4</sup>. En su condición de «antirracionalista», Baroja claramente participa de un aspecto fundamental del existencialismo. Este «antirracionalismo» fue notado por J. Alberich en un artículo sobre el estilo de Baroja: «Baroja era, en el fondo, un escéptico de la filosofía y, lo que es más grave, un escéptico de toda teoría, sea filosófica, literaria, sociológica o política. Su dominio es lo particular, lo concreto, pero sobre lo concreto no se puede hacer teoría»<sup>5</sup>.

«Existencialismo» es un término cuya definición está erizada de dificultades, y el problema en definirlo procede precisamente del hecho de que no es un sistema filosófico en el sentido tradicional. En efecto, Macquarrie prefiere llamarlo un «style of philosophizing rather than a body of philosophical doctrines»<sup>6</sup>. Entre los originadores del existencialismo moderno son de importancia capital Nietzsche, Kierkegaard y Dostoyevsky. El *Ser y tiempo* de Martin Heidegger aparece en 1927 como la primera exposición sistemática de esta filosofía. En los 40 el existencialismo se codifica, y se identifica con Francia, y en particular con Sartre. La vaguedad del término puede explicar en parte por qué Baroja rechazó la filosofía existencialista. A pesar de esto, en cierto sentido la obra novelística de Ba-

<sup>4</sup> *Existentialism* (Baltimore; Penguin Books, 1982), p. 26.

<sup>5</sup> «Algunas observaciones sobre el estilo de Pío Baroja», *Bulletin of Hispanic Studies*, 41 (1964), 177.

<sup>6</sup> *Existentialism*, p. 16.

roja sí manifiesta rasgos que se podrían caracterizar de existencialistas.

En términos de la perspectiva barojiana podríamos limitar el existencialismo a una posición escéptica ante cualquier religión, ideología, teleología, la idea del progreso y aspectos semejantes. Temas como la afirmación de la realidad individual contra cualquier forma de abstracción, la idea de la responsabilidad, autenticidad y libertad son tópicos que trata Baroja en diversas partes de su obra. En Baroja lo existencial a menudo aparece claramente en términos de la voluntad: Los personajes se conocen no por introspección y autoexamen, sino al afirmar su voluntad.

La trilogía *Agonías de nuestro tiempo*, que comprende *El gran torbellino del mundo*, *Las veleidades de la fortuna* y *Los amores tardíos*, no ha ocupado seriamente la atención de los críticos, que en general la consideran escasa de creatividad e interés. Estas novelas fueron escritas entre 1925 y 1926, durante un período en que Baroja acudía a las reuniones sociales que organizaba la marquesa de Villavieja, y cuyo ambiente, según Julio Caro Baroja, sobrino de don Pío, está reflejado en la trilogía<sup>7</sup>. La acción de *Agonías de nuestro tiempo*, que estructuralmente más asemeja una novela continua que trilogía, se desarrolla en los años que siguen a la primera guerra mundial. El argumento es sencillo: El protagonista, José Larrañaga, piloto de mar de profesión con aficiones artísticas y literarias, trabaja de agente en la empresa naviera de su tío, don Juan Larrañaga, de Bilbao. Una prima de José, Pepita, tiene problemas maritales serios con su esposo, Fernando, y el padre de ella, don Juan, acude a José a que atienda a su prima Pepita y la ayude a resolver sus dificultades. Esta es la situación que sirve de motivo a una larga serie de viajes que hace José en compañía de Pepita y su hermana Soledad a varios países de Europa, que incluyen Holanda, Dinamarca, Alemania, Suiza, Austria y Francia.

La figura de Larrañaga se nos presenta como una especie de héroe existencialista fracasado, algo kierkegaardiano, que actúa, o mejor dicho, opina, en un mundo novelístico integrado de diálogos en los que él se convierte en interlocutor principal, y que son un comentario muy nutrido del mundo contemporáneo. Hay además un gran número de digresiones líricas y filosóficas a modo de interludios que algunos críticos han llamado estampas o viñetas literarias. Unas veces se traducen en observaciones filosóficas relacionadas con la acción principal de la novela y otras son como pinturas impresionistas que sirven de fondo paisajista a los diálogos. El efecto total de la trilogía (fijémonos en la palabra «*Agonías*» [el «*Angst*» kierkegaardiano] del título) es el de un torbellino, simbólico de la vida agitada de posguerra que refleja.

<sup>7</sup> Ver *Los Baroja* (Madrid; Taurus Ediciones), p. 82.

El protagonista, José Larrañaga, es un agnóstico y disconforme; un solitario y misántropo, totalmente desilusionado con la época en que le toca vivir, para él de una utilidad tan deprimente que no encierra esperanza alguna para la humanidad. Abundan las referencias a la primera guerra mundial, que Larrañaga considera desastrosa, y queda muy bien captada la atmósfera de frivolidad, cinismo y malestar general de posguerra no semejante a la desesperación existencialista que siguió a la segunda guerra mundial<sup>8</sup>.

Larrañaga califica esta época de posguerra de brutal, egoísta, estúpida y sin ideas, época en que solo triunfa la «mecánica y el sport». Afirma que «... las únicas verdades que se nos imponen son la miseria, la enfermedad y la muerte» (VF, I, 1270). Lo condena casi todo, el arte, la literatura, la ciencia, la política, la democracia («cosa huera») por la que «no muere nadie», y observa que en este tiempo de histerismo y locura, donde la mentira entusiasma más que la verdad, aun el progreso es una ilusión. Aunque Larrañaga considera al hombre como «un animal venenoso» y siente «asco por la vida», que recuerda la náusea existencial angustiada de Silvestre Paradox, el protagonista de *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, no llega a la de Antoine Roquentin, el protagonista de *La Nausée* de Sartre, cuyo auto-análisis existencial le conduce a la náusea abrumadora que llega a ser su «état normal».

Hay varias alusiones a Nietzsche en la trilogía, y aunque Larrañaga niega ser nietzscheano, no está demasiado lejos de cierta actitud nihilista, que se ha identificado con Nietzsche y el existencialismo y que recuerda el prototipo del nihilista Bazarov, el protagonista de *Padres e hijos*, de Turguenev. Esta actitud la expresa claramente Larrañaga: «Para mí el mundo se acaba cuando me duermo; más se acabará cuando me muera. Después de mí, me tiene sin cuidado. Algunos creen que esta humanidad va a algo y tiene algún objeto. Es lo que se llama por los filósofos la teleología. Yo dudo mucho. Creo que esto no va a ningún lado» (GTM, I, 1063). En otro momento de pesimismo extremado, dice, ya aburrido de París: «Me pasaría meses narcotizado en la cama, matando el tiempo, hasta que viniera un acontecimiento agradable» (VF, I, 1303). El mismo confiesa que su mundo es el «mundo de la negación». La consecuencia de esta actitud es que Larrañaga vive en un estado continuo de inercia y no es capaz de tomar una acción decisiva. Su solución es el aislamiento del mundo que condena y que prefiere contemplar y comentar.

<sup>8</sup> WILLIAM BARRETT, *Irrational Man. A Study in Existential Philosophy* (New York, Anchor Doubleday, 1962), p. 10, trata de la gran influencia de las dos guerras mundiales en la formación del existencialismo moderno.

Un temor existencial que expresa Larrañaga en torno a su propia vida es que acabará sin realizarse, como si la vida humana invariablemente no fuera realizable. Esta actitud derrotista se refleja en las varias alusiones a su «vejez» y la frustración constante de su vida. Explica Larrañaga: «La mayoría de las cosas buenas, en la infancia como en la juventud, me han pasado por la tangente. Cuando en la edad madura ha llegado a mí algo bueno y agradable no me ha dejado satisfecho, porque había decidido en mi interior que era tarde» (*GTM*, I, 1080-81). Esta actitud, que concibe la vida como angustia sin salida, recuerda las palabras de Sartre: «Elle [la réalité humaine] est doné par nature conscience malheureuse, sans dépassement possible de l'état' de malheur»<sup>9</sup>.

Larrañaga lee extensamente, prefiriendo precisamente a los autores que se consideran originadores o precursores del existencialismo moderno, como Kierkegaard, Nietzsche, Dostoyevsky y Kant. Por ejemplo, en un diálogo con Juan Olsen, filósofo y matemático danés, personaje curioso a quien Baroja describe burlonamente como «un tenorio kantiano» por su afición a Kant igual que al bello sexo, y «hombre muy roñoso», vemos que Larrañaga expresa mucho interés y admiración por Kierkegaard, aunque encuentra extraño su «mirar como un *desideratum* el llegar a la desesperación más profunda» (*GTM*, I, 1115). Olsen, al contrario, es duro con Kierkegaard, observando que hombres como él «llevan a la gente a la locura con su cristianismo delirante y su lo uno y lo otro» (*GTM*, I, 1115).

En otra ocasión Larrañaga concuerda con Kierkegaard en que no hay una verdad objetiva. Opta más bien por la subjetividad, estando de acuerdo con la idea que un estudiante de teología noruego emite sobre la subjetividad, derivada de Kierkegaard:

—Para mí, también sólo lo subjetivo es lo íntimamente verdadero, dijo—. El cristianismo es la verdad subjetiva, y por tanto la verdad para el espíritu; pero el budismo también lo es, y todas las religiones para el que cree firmemente en ellas. La ciencia pretende ser la verdad objetiva, la verdad para el conocimiento. Yo no lo niego; pero la Humanidad no puede esperar a la síntesis científica, que tiene que tardar demasiado o quizá no llegar nunca. Mientras tanto necesitamos creer para vivir, y quizá también vivir para creer.

El aseguraba que en la completa oscuridad en que vivimos, en la ignorancia de lo esencial de las cosas y de los fines, la imaginación era la única que podía trazar un camino. (*GTM*, I, 1131-32.)

La conclusión, al final de esta discusión existencialista, es que «La fi-

<sup>9</sup> *L'être et le néant. Essai d'ontologie phénoménologique* (París, Lib. Gallimard, 1949), p 134

nalidad de la vida hay que inventarla por intuición, por un esfuerzo de la voluntad» (*GTM*, I, 1133). La expresión «creer para vivir, y también vivir para creer» es un claro eco unamuniano, mientras que la alusión a «la ignorancia de lo esencial de las cosas» nos recuerda las investigaciones de Heidegger sobre la naturaleza del ser.

Hay un episodio de tipo romántico en que Larrañaga se enamora de una institutriz alemana, Nelly Baur, mujer idealista y noble, mucho más joven que él, y cuya muerte prematura produce una profunda depresión en el protagonista. Aunque Larrañaga había visto la imposibilidad de casarse con Nelly, se mantuvo fiel y tierno con ella, y su muerte reforzó en él la idea pesimista de que era su destino no alcanzar la felicidad en la vida. Baroja capta artísticamente esta angustia existencial en una descripción muy poética, en que sugiere que el héroe es como un reloj antiguo que, aunque ande, no da la hora cabal. Comienza el pasaje: «Yo soy como esos relojes viejos que tienen la maquinaria trastornada: no hay manera de componerla ni de arreglarla» (*AT*, I, 1335). Larrañaga, en otras palabras, no está en unísono con la generalidad de la humanidad.

Nelly, por su parte, había querido ser útil y servir a los demás. Su idea era elevarse, perfeccionarse y sobrepasarse a sí misma:

Tenía ese sentimiento, muy alemán, de querer desenvolver el alma, algo que está relacionado en los germanos con su idea del *werden*.

Este concepto, tan alemán, del *devenir* lo adquirió en el colegio, y lo había desarrollado después no sólo como una vaga idea cogida al azar, sino como algo suyo personal<sup>10</sup>. (*GTM*, I, 1134.)

La vida de Nelly representa una añoranza existencialista, o sea, una búsqueda por la existencia auténtica; Nelly expresa un deseo intenso de trascenderse, de vivir una vida llena en un mundo duro, de existir en el sentido más completo:

Ella pensaba que, así como las cosas se van realizando poco a poco en ese río confuso de la existencia, hasta tomar forma definitiva, lo mismo las almas van pasando por estados embrionarios, buscando sus modos, cada vez más completo, hasta alcanzar en la vida su perfección máxima, y era esto a lo que ella aspiraba. Desenvolverse. Ser todo lo que podía ser. Ese era su ideal. (*GTM*, I, 1134-35.)

En la segunda novela de la trilogía, *Las veleidades de la fortuna*, se acentúa el tema del malestar de la posguerra, y Larrañaga, que había sido

<sup>10</sup> GONZALO SOBEJANO, *Nietzsche en España* (Madrid, Gredos), p. 387, sugiere que Baroja probablemente está recordando a Nietzsche en este pasaje.

antes germanófilo, ahora expresa desilusión con Alemania, que «se va alejando de los valores puramente espirituales» (VF, I, 1271). De interés particular es un personaje secundario, el diputado suizo Paul Stolz (basado en Paul Schmitz<sup>11</sup>, un amigo suizo de Baroja), un proclamado nietzscheano que nos parece que llega a una solución existencialista al afirmar que la vida necesita «lo irracional, lo misterioso, lo infinito, la superstición misma..., y al rechazar, «como principal norma de la existencia, el pensamiento» (VF, 1201). El interés dramático en esta novela proviene del desarrollo de la relación sentimental entre José y Pepita. En un diálogo entre los dos, José expresa una idea existencialista que refleja el concepto de la soberanía del individuo:

[José]: —Ser ciudadano de Europa, pasar inadvertido en París o en Londres, en Berlín o en Madrid. Ser para los demás una figura sin carácter, sin color y, en cambio, ser para uno mismo lo absoluto.

[Pepita]: —La soberbia de Lucifer.

[J.]: —¿Es que no es uno para sí mismo el universo entero? Uno es todo: el tiempo, el espacio, la causalidad, el mismo Dios, si se tiene la veleidad de creer en él.

[P.]: —¿Y los demás?

[J.]: —Los demás son el Cosmos. Cosas que se mueven y que hablan.

[P.]: —¡Qué absurdos! (VF, I, 1295.)

En *Los amores tardíos*, la última novela de la trilogía, José Larrañaga tiene cierta esperanza de que su prima, de quien llega a estar enamorado, deje a su esposo por él. En una escena sumamente poética y dramática, José, esperando noticias de Pepita, vuelve a su pueblo, del que había salido treinta años antes. La descripción del pueblo, con sugerencias de la muerte («campanas de la agonía», «el cementerio con sus cuatro cipreses», «el ambiente brumoso»), yuxtapuesta a la angustia y melancolía de Larrañaga, es una de las más logradas de la trilogía. Hay alusiones a lo que es distante, inalcanzable. El hecho de que José Larrañaga sea un extraño en su propio pueblo es desconcertante. Es otoño, estación simbólica de la muerte. El sentimiento de Larrañaga es uno de enajenación de su propio ser, y aquí recordamos a Heidegger una vez más y sus indagaciones sobre el ser auténtico, cuando nuestro héroe duda acerca de la autenticidad de su propia existencia: «¿Realmente soy yo José Larrañaga? —se preguntó—. ¿Este hombre absurdo que se llama así, está de verdad enamorado

<sup>11</sup> Schmitz también fue el modelo de Max Schultze en *Camino de perfección*. Dice Baroja de él: «Schmitz fue para mí como una ventana abierta a un mundo no conocido. Tuve con él largas conversaciones acerca de la vida, de la literatura, de la filosofía y del arte» (*Memorias*, VII, 727). Schmitz, según JULIO CARO BAROJA, *Los Baroja*, p. 84, «llevó tan a las últimas su fervor nietzscheano que se convirtió en un propagandista del nazismo».

de su prima, o estos amores son una fantasía, una invención de un cerebro un poco desarreglado?» (AT, 1369-70). Pronto vienen noticias de Pepita: ella ha decidido volver a su marido. Aunque siente, por un lado, alivio al verse libre de una situación embarazosa, el héroe se encuentra hondamente triste y desilusionado. Aquí, el autor, mediante el empleo de un simbolismo lírico, expresa la idea de que los mejores hombres fracasan porque no hay ninguna lógica o justicia en la vida. La novela termina en una nota de amargura cuando observa José Larrañaga que el mundo es como un molino que tritura el tiempo y que su «única aspiración era encontrar una manera cómoda de ser triturado» (AT, 1377).

Uno de los temas del pensamiento existencialista es que el hombre, por decisiones libres y responsables, encuentra su ser auténtico. La tragedia de José Larrañaga, héroe intelectual barojiano de los más logrados artísticamente, es que él abdica esta libertad y responsabilidad. Su náusea ante la vida, su actitud nihilista y su falta de fe en todo lo paralizan para la acción. Habiendo perdido toda esperanza de felicidad, su meta se reduce a vivir con un mínimo de dolor.

La falta de un argumento novelístico bien construido, la larga serie de diálogos (lo que D. L. Shaw llama «satirical travelogue reportage<sup>12</sup>»), y la visión pesimista y negativa que se desprende de ella, han contribuido a que esta trilogía no sea de las más acogidas por los lectores y críticos de Baroja. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de los críticos, que encuentran monótona esta trilogía, Gonzalo Sobejano —y coincidimos con él— la califica de «muestra excelente de la progresiva tendencia a la reflexión»<sup>13</sup>. En efecto, por las ideas reveladoras que presenta, por los numerosos pasajes y escenas de gran valor lírico y filosófico, y como reflejo del malestar de los 20 (en este último nos recuerda *Der Zauberberg* [*la montaña mágica*], de Thomas Mann) y de la sensación abrumadora de la enajenación existencialista, esta trilogía es una realización novelística que creemos merece más atención de la que se le ha concedido. Las meditaciones sobre el ser y el individuo, las varias referencias kierkegaardianas y sobre todo la profunda sensación de angustia y sentido de soledad espiritual, ligan *Agonías de nuestro tiempo* a la gran corriente de expresión existencial literaria.

ARNOLD L. KERSON

*Trinity College, Hartford, Connecticut*

<sup>12</sup> «Two Novels of Baroja: An Illustration of His Technique», *Bulletin of Hispanic Studies*, 40 (1963), 158.

<sup>13</sup> *Nietzsche en España*, p. 387.